

El pasado noviembre nos sobresaltaba la noticia: Don Felipe Abad ha muerto. Como el viento recorrió la población que tanto le apreciaba y a la que él llevaba profundamente arraigada en su corazón. Y algo dentro de mí quedó en suspenso. No puede ser, recuerdo que pensé, si apenas tres semanas antes estuvimos hablando en mi casa del último libro de fiestas, de sus planes de futuro, de posibles colaboraciones en temas de interés común...

Don Felipe Abad Leon, Cronista oficial de La Rioja, miembro correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua y Canónigo de la catedral de Calahorra, a quien conocíamos por sus libros y los artículos que todos los años incluía en los programas de fiestas de la localidad, un buen día nos preguntó si podía colaborar en nuestra publicación y la respuesta fue un sí rotundo. Todo un honor para nosotros contar con su participación.

Año tras año fuimos afianzando nuestra relación y sus visitas para recoger los libros de fiestas, eran esperadas con ganas. Comentábamos los artículos y él solo tenía palabras de aliento para que continuásemos con nuestra labor. Siempre atento y gentil se interesaba por nuestra familia, por los estudios de los hijos o la salud de los padres, por los planes para nuevas ediciones...

Su cabeza nunca dejaba de trabajar, de rebuscar y sugerir un dato más, un matiz nuevo. Aportaba cualquier apunte que él considerase interesante o novedoso y si alguien recurría en persona o por teléfono a su incalculable conocimiento de la historia de Arnedo, de sus tradiciones, de sus fiestas y celebraciones religiosas; siempre lo encontraba dispuesto a colaborar, a facilitar cuanta información conociera al respecto. Pudiera parecer que hemos perdido a un magnífico colaborador pero, en realidad, hemos perdido un amigo.

Sirvan estas pocas líneas como sentido homenaje a un hombre, un sacerdote de profundas creencias y convicciones, sobrio y mesurado en sus manifestaciones y con una vocación inquebrantable, que puso su saber y su buen hacer a nuestra disposición —y la de todos los arnedanos— y que poco a poco se ganó nuestro cariño.

Hasta siempre, don Felipe.

